

NOTAS DE ANDAR Y VER LA TRANSICION
CARLOS BRAVO REGIDOR

Jesús Silva-Herzog Márquez,
El antiguo régimen y la transición en México,
Planeta/Joaquín Mortiz,
México, 1999.

"Mi OBJETIVO –escribió en alguna ocasión Voltaire– es siempre observar el espíritu de los tiempos." Semejante talento para plasmar los rasgos de una época es privilegio, más que de un conocedor especializado, de un hombre de letras. El intento por capturar con unas cuantas reflexiones el perfil del momento que transcurre no se basta del rigor académico: es necesaria la sensibilidad artística. En este sentido, sólo aquel que –lejos de enclaustrarse en una oficina o en una aula, recalentado sus prejuicios– camina, observa y registra su lectura de los hechos, puede retratar con éxito el alma de su entorno. La exploración, decía Octavio Paz, es el oficio fundamental del ensayista.

El antiguo régimen y la transición en México constituye, precisamente, un cuaderno de apuntes sobre la excursión que Jesús Silva-Herzog Márquez ha realizado por los caminos del cambio político ocurrido en México durante los últimos años. No es un texto carente de ambigüedad e, incluso, de contradicciones: acaso como recurso y no como descuido.

De entrada, advierte el autor, es indispensable recordar el carácter del régimen anterior para comprender el que ahora se instala. Su interpretación del autoritarismo mexicano evoca la imagen de un ornotorinco, "una criatura repleta de peros. Autoritario pero civil: no competitivo pero con elecciones periódicas; hiperpresidencialista pero con una larga continuidad institucional; con un partido hegemónico de origen revolucionario pero sin ideología cerrada; corporativo pero inclusivo".

El desenlace de la Revolución condujo a un acuerdo partidista que dio origen a un nuevo sistema político, dentro de cuya "familia" se dirimirían los conflictos por la transferencia del poder de manera, sino del todo organizada, al menos relativamente pacífica.

El nacionalismo sirvió, entonces, como una extraordinaria herramienta para asegurar la legitimidad del orden político, identificando a la patria como el producto del consenso pacificador, como una unidad histórica. Así, se configuró un régimen autoritario de partido hegemónico en el que el partido del Presidente obtuvo, estructuralmente, numerosas ventajas, y cuya representatividad social residía, en gran medida, en un eficaz arreglo corporativo del Estado.

El fundamento esencial de dicho sistema no se apoyaba en la Constitución, asegura el autor, sino en la relación del Presidente con su partido y en la capacidad de este último para afianzar su presencia en todos los rincones del Estado. La Presidencia, consecuentemente, concentró en su seno tanto poder como le fue posible, haciendo del sistema una especie de

pirámide de poderes subordinados al suyo (ya fueran locales o federales) desde cuya cúspide ejercía, sin límites, su autoridad.

Hoy el ornitorrinco ya no es igual que antes. Aunque Silva Herzog-Márquez no concluye si las transformaciones de estos años han sido una mudanza o una mutación –tal vez sea imposible saberlo todavía–, lo cierto es que el sistema ha cambiado. El ámbito electoral es la mejor muestra de ello, pues en él se condensa "la pareja fundadora de la transición mexicana: representatividad parlamentaria e imparcialidad institucional". No obstante, el régimen al que la transición ha conducido no es totalmente democrático: se ha instalado a la mitad del camino entre el autoritarismo y la democracia: "Esta transición trabada ha establecido ya las rutinas de un régimen establecido (...), es un sistema político con un amplio pero irresponsable pluralismo en donde los actores políticos adquieren el poder para bloquear las acciones de los adversarios pero carecen de la determinación para actuar en concierto. Enjambre de vetos, equilibrio de excesos (...), es un régimen político en que los diversos actores tienen una ambigua relación con la legalidad, la cual suspenden o ignoran cuando la causa lo exige."

Es la transición hecha gobierno: la transitocracia. Este paradójico cambio institucionalizado no ha ofrecido un estilo de hacer política congruente con la dinámica de su propio funcionamiento. Aparentemente, sus protagonistas están dispuestos a acatar el resultado de los comicios pero no a reconocer las obligaciones que ello implica: a aceptar, en pocas palabras, que el suyo está condenado a ser un poder compartido. Mientras nadie muestre determinación para renunciar a sus posiciones, hábitos, estrategias y recuerdos de antaño, la desconfianza seguirá minando cualquier posibilidad de celebrar hasta los acuerdos más elementales.

Hacen falta, pues, puentes para acceder a la consolidación democrática. Desarmar el antiguo régimen no significa construir uno nuevo: el féretro del autoritarismo no puede ser la cuna de la democracia. Las ruinas del pasado son insuficientes para albergar el mañana. Imaginar la fórmula para la coexistencia es un imperativo impostergable para trascender esta transición que ya se acabó, pero que no desaparece. Si "la transición mexicana tiene los ojos en la espalda", es porque sus protagonistas han sido incapaces de inventarle un porvenir a la democracia y, en consecuencia, han actuado impulsados por una lógica estéril que simula pero no produce: representa el cambio en lugar de ejecutarlo.

En cuanto al discurso político, la transición ha sido secuestrada por la demagogia. Plagado de ofertas gratuitas, lugares comunes, políticas sin costos, simpatías fáciles, convocatorias populistas y un voluntarismo absurdo, el democratismo invita sin concretar. Los charlatanes de la democracia entorpecen su consolidación prometiendo un paraíso imposible. "El éxito de la democratización mexicana –sugiere Silva Herzog-Márquez– radica, tal vez, en la capacidad de atar nuestros sueños."

En esta laguna de entendimientos, el desprestigio que se han procurado los partidos, aunado a la beatificación de la sociedad civil, amenaza la institucionalidad de la vida política. Tras el desmoronamiento del sistema de partido hegemónico, México se encuentra en una situación precaria e incierta. Mientras el PRI lucha contra el legado de tantos años de vida intrauterina en la panza presidencial, el PAN padece de una severa crisis de

identidad y el PRD se muestra incompetente para sobrevivir más allá de su dueño. El Estado, por su parte, no garantiza ni las más mínimas condiciones de seguridad que lo hacen, precisamente, necesario. Además, el problema más antiguo de México, la desigualdad, permanece. El país hace agua por todas partes.

Al parecer, ésta ha sido una transición sin proyecto, a la deriva. Sus logros se deben más a afortunados accidentes que a una conducción pacífica. Un proceso, pues acéfalo, sin liderazgos ni imaginación: irresponsable y carente de la intuición histórica que las circunstancias reclaman. Igual que como decía Daniel Cosío Villlegas de la Revolución, todos sus hombres han sido inferiores a sus exigencias.

Aunque ha cumplido con su intención, la transición es incierta, no posee un marco institucional apto para procesar sus efectos ni para propiciar la estabilidad. Es muy duro pasar el Niágara en bicicleta. La reelección legislativa, el restablecimiento de la vicepresidencia, la consolidación de las autonomías, la redefinición de las relaciones Ejecutivo-Legislativo, la revisión del mecanismo de sustitución presidencial, entre otros, son asuntos pendientes que habrá que resolver si se pretende consolidar la democracia. Para bien y para mal, el futuro no está escrito: "el autoritarismo puede regresar a México pero, si llega, se hará llamar democrático".

A final de cuentas, El antiguo régimen y la transición en México satisface con fidelidad sus promesas iniciales, aunque no sin ciertos infortunios. Además de la pésima labor de corrección de estilo, de una edición muy descuidada y de un aparato de notas notablemente defectuoso, adolece de algunos adjetivos imprecisos, un par de excesos retóricos y unas cuantas metáforas sobradas. En ocasiones, Silva-Herzog Márquez, tratando de dibujar el extravío de la transición, se pierde en su elocuente pluma. Curiosa mimetización entre el autor y sus circunstancias que, a decir verdad, reafirma alegremente el propósito original de la obra: aprehender el espíritu del tiempo y retratar, sin concesiones el rostro de un México vacilante. A caballo entre el análisis político y la crítica literaria, la duda y la indecisión impregnan sus páginas... original manera de proyectar lo que ha sido la historia de la transición mexicana.